

**Ser felices no es estar divertidos!**  
**Por Ángela Marulanda, Autora y Educadora Familiar**

El gran anhelo de la mayoría de los padres es que los hijos sean felices. Y no hay nada de malo en ello. Lo grave es que la cultura consumista, en su esfuerzo por vendernos cuanto cosa se produce masivamente asegurándonos que nos hará felices, también nos vendió la idea de que la felicidad consiste en vivir constantemente gratificados y divertidos, libres de cualquier contrariedad, tristeza o incomodidad. Y tal parece que ésta es la clase de felicidad que los padres ahora nos esforzamos por brindarle a los hijos.

Con tal propósito, la vida de los niños está cada vez más llena de actividades entretenidas para mantenerlos contentos. Ya no es suficiente mandarlos a un campo de verano o al club a que hagan deportes durante las vacaciones. Ahora, hay que procurar tenerles otros planes para las pocas horas que les quedan libres al final del día. Tampoco basta un viaje de vacaciones, hay que programar nuevos paseos para cuando regresen. Y a todo lo largo del año hay que permitirles que anden de plan en plan y complacerlos en cuanto capricho tengan para seguirlos viendo sonrientes, todo lo cual implica que los padres corran y gasten sin misericordia.

El resultado de este esfuerzo es todo lo contrario a lo que nos proponemos: niños inconformes e insaciables, que no saben entretenerse porque nunca lo han hecho, que no ambicionan nada pero lo exigen todo. Y padres exhaustos, estresados y que viven la crianza como una agotadora maratón. Lo contradictorio es que todo esto lo hacemos para garantizar su felicidad y por ende la nuestra. Pero me pregunto ¿de qué felicidad estamos hablando si tanto agite nos tiene extenuados y agobiados, y a los niños incapacitados para gozar lo mucho que tienen?

Este estilo de vida ha dado lugar a la llamada enfermedad de la “afluencia”, una especie de gripe existencial producto de la abundancia material y la pobreza espiritual con que terminamos el siglo pasado. Y pasa con ésta lo que pasa con la gripe: nada importa mucho porque la única meta es sentirse lo mejor posible. Dentro de la filosofía de vivir para gozar como medida de felicidad, hartamos a los niños hasta el hastío y acabamos con su motivación, su entusiasmo y su capacidad de asombro, sentimientos indispensables para que sean felices.

Es en esta forma como se sientan las bases para el “activismo”, ese mal del momento en virtud del cual todo el mundo vive a la carrera para tratar de hacer y tener todo pero sin capacidad ni tiempo para disfrutar nada. Lo grave es que la actividad constante destroza las relaciones familiares, porque convierte ratos en familia en “juntas de planeación estratégica” para ver cómo se estira el tiempo y se logra cumplir con el atiborrado programa del día. Y así se acaba con los espacios libres de toda presión en los que se tejen lazos afectivos profundos, esos que nos unen entrañablemente y que no se cultivan con la mera convivencia.

Tenemos que dejar de ser directores de recreación de los hijos. Lo que les está dejando esta vida es un estado de indiferencia por saturación, en el que no hay desafíos, ni ideales heroicos, ni grandes metas, porque lo único que cuenta es pasarla bien. Es decir, no hay una buena razón para vivir, lo que significa que el precio de una “felicidad” tan trivial es una vida sin sentido. No sin razón se ha dicho que “la tragedia de los pobres es que no tienen con qué vivir y la de los ricos es que no tienen para qué vivir”.

[www.angelamarulanda.com](http://www.angelamarulanda.com)